



**Ramón de Campoamor**

**El alma en pena**

Leyenda

Advertencia

El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más o menos importantes, y el plan hubiese correspondido a la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida a lo siguiente:

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, o lo hace a impulsos de una providencia superior?»

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos

están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarían su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que por otra parte cree que abandonados a nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos, ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío a cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que por consiguiente somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, a lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el don de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle a un hambriento el pan inaccesible a su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria; el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia o injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que así como no me contenta ver a Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno pupilaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, a pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los cuales nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores, tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquítrico. Basta para desarrollar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión por consiguiente queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabón más aéreo que éste, infinitamente más universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique a él un caso dado, sino que él sea aplicable a todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, a quien unos llaman sino, otros hado, otros estrella; que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos, que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que a veces nos fuerza a hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen o mal éxito de sus acciones a un director espiritual; y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más

diestra que la de un pretense filósofo de veintitrés años.

## PERSONAJES

IRENE (Alma en pena.)  
DON LUIS DE CASTRO.  
ELVIRA.  
DON PEDRO DE LARA.  
ANA.

Primera parte  
Ángel-Demonio

- I -  
Morir amando

Tenía Irene un amante,  
y aunque al amor no se aviene  
la firmeza del diamante,  
fue esta vez la más constante  
de las amantes, Irene.5

Siempre vivió entre ilusiones,  
hasta que extinguió su vida  
el fuego de las pasiones;  
que en amantes corazones  
quien bien ama tarde olvida.10[116]

Y sin que en rudos amaños  
un pecho tan inocente  
turbasen los desengaños,  
así pasaron sus años  
uno, diez, quince, hasta veinte.15

¡Dichoso el que así camina  
por márgenes deleitosas  
en ilusión peregrina,  
sin que haya entre tantas rosas  
para su planta una espina!20

¡Feliz la que tantas veces  
la copa del gusto asiendo,  
dando a sus amores creces,  
jamás apuro, bebiendo,  
de un desengaño las heces!25

¡Bien haya el enamorado  
que ve con ojos enjutos  
a los que, mal de su grado,  
pagando al amor tributos,  
gimiendo van a su lado!30

¡Y, aunque pese a sus intentos,  
son del destino traiciones,  
que unos alcemos lamentos  
al compás de las canciones  
que entonan otros contentos!35

Dígalo Irene, que amando  
con tan livianos empeños,  
jamás con impulso blando  
nubló un fantasma pasando  
la nitidez de sus sueños.40

Bien hizo, con ansia poca  
soñar desterrando enojos,  
aunque a cada idea loca  
se apagó un rayo a sus ojos,  
y perdió un clavel su boca;45

Que es mejor que la mejilla  
se nos descolore a plazos,  
que ir dejando con mancilla  
de nuestra senda a la orilla  
el corazón a pedazos.50

-¡Pobre Irene! -exclamó un día  
su madre, al ver que inocente  
muriendo, se sonreía;  
y al verla morir la gente,  
-¡pobre de Irene! -decía.55

Dejadla, que, así muriendo,  
será más feliz su suerte.  
¿Qué más quisierais, que yendo  
hacia vosotros la muerte  
os asaltase durmiendo?60

Dejadla, y no turbe alguno  
su ilusión con loco empeño,  
pues no ha de darla ninguno  
más que un adiós importuno  
al despertar de su sueño.65

Más lejos, turbas galanas  
de amantes, que en la locura

de vuestras mentes livianas,  
quisisteis hacer hermanas  
la desgracia y la hermosura.70

Necios los que en sus paredes  
escribís, porque no asoma  
a dispensaros mercedes:  
-«¡Ay de la bella paloma  
que gime entre ocultas redes!»-75

Dejad a Irene que duerma,  
buenos doctores, en calma;  
porque se os muere la enferma  
si vuestro saber no merma  
males del fondo del alma.80

Y vos, piadosos varones  
que veláis su último instante,  
no perdáis las bendiciones  
en quien da vuestros perdones  
por un mirar de su amante.85

Y cuide aquel que la infunda  
que sólo rinde a precitos  
de amor la torpe coyunda,  
no sea que aun moribunda  
le arroje a la faz sus ritos.90

Calle, si en fiera agonía  
rotos tan íntimos lazos  
llora su madre este día.  
¡Oh, si al nacer, en los brazos  
muriera yo de la mía!95

Cuanto a Irene han querido  
mitiguen duelo tamaño:  
que lanza el postrer gemido,  
mas no lleva el pecho herido  
por el primer desengaño.100[117]

¡Del mundo torpes extremos!  
¡Que nos reciban cantando  
cuando llorando nacemos  
y aun cuando al morir cantemos  
nos han de dejar llorando!105

Callad; y pues que su holganza  
a nuestro dolor prefiere,  
¡dichoso el que en bienandanza  
da al mundo un adiós, y muere

en brazos de la esperanza!110

- II -

El alma en pena

Los sobresaltos y dudas  
que nuestro pecho combaten  
al ver a algún ser querido  
que, presa de ocultos males,  
gime en un lecho, y se siente115  
desfallecer por instantes,  
cuando los dulces recuerdos  
de sus primeras edades  
dan pábulo a su existencia  
para extinguirla más antes,120  
sólo, en las funestas horas  
de tan apurados lances,  
aquel que vela a su lado,  
porque lo siente, lo sabe.

Así de la triste Irene125  
la desconsolada madre,  
que poco a poco de aquélla  
ve la existencia apagarse,  
víctima junto a su lecho  
de tan íntimos pesares,130  
inunda el suelo de llanto,  
y el viento enciende con ayes.  
¡Terrible suerte por cierto  
la de la anciana que en balde  
prodiga a su hija adorada135  
el colmo de sus afanes,  
sin que a coartar el vuelo  
de aquel espíritu basten,  
pues de continuo embebido  
en la ilusión de una imagen,140  
existe, goza y discurre  
por las regiones del aire,  
siempre esquivando los lazos  
de la prisión de la carne,  
y siempre anhelando un mundo145  
de espíritus celestiales!

Tendió una vez su mirada  
a la luz pálida que arde,  
y al ver de Irene tranquilo  
el amoroso semblante,150  
y una convulsión ligera  
que plácida le contrae

como si en sueño tan dulce  
la hiciera sonreír alguien,  
desfallecida, su rostro<sup>155</sup>  
en pesadumbre tan grande  
dejó caer sobre el lecho,  
lágrimas vertiendo a mares.

Parte entregada al desvelo,  
y al sueño entregada en parte,<sup>160</sup>  
muellemente fluctuando  
entre tan dulces mitades,  
quedó la madre de Irene  
en un éxtasis suave,  
llorando de uno ilusiones,<sup>165</sup>  
de otro sintiendo verdades.  
Y ya una vez tan ilusa  
seres forjaba ideales,  
que creyó ver en su insomnio  
al lado de Irene un ángel,<sup>170</sup>  
el que cubriéndola alegre  
con sus ligeros cendales  
como si tal vez con ellos  
su espíritu aprisionase,  
próximo a romper acaso<sup>175</sup>  
del cuerpo humano la cárcel,  
ligeramente al oído  
la murmuró este mensaje,  
el cual traspuesta la anciana  
creyó escuchar delirante:<sup>180</sup>

-«Alma, ¿a qué llamar al cielo?  
Dios a sufrir te condena.  
Aun no es tiempo: acorta el vuelo;  
vaga por el mundo, y pena. [118]

»Si en ti no alcanzan victoria<sup>185</sup>  
hoy de Luzbel los intentos,  
aun para entrar en la gloria  
te faltan merecimientos.

»Tu amor fue una idolatría.  
¡Sombras del mundo engañosas!<sup>190</sup>  
¡Ay del que no ama, hija mía,  
a Dios ante todas cosas!

»Si a una luz engañadora  
creíste al mundo tu amigo,  
Dios te destierra a él ahora.<sup>195</sup>  
¡Duro es, Irene, el castigo!

»¡Por cada esperanza vana  
tendrás desengaños, celos...  
mas sufre, que nadie gana  
sin expiación los cielos!200

»Por el ser que fue tu encanto  
vela hasta su hora postrera:  
sigue sus pasos, y en tanto  
padece, Irene, y espera.»-

Y creyendo en su delirio205  
estas ilusiones reales,  
despavorida la mano  
tendió hacia Irene al instante,  
y al ver de su tez la nieve  
y de sus ojos el mate,210  
fría enmudeció su lengua  
y yerta quedó su sangre,  
desplomándose transida,  
sin dar de vida señales,  
del fruto de sus entrañas215  
sobre el helado cadáver.

Y al mismo tiempo empezaba  
del cuerpo de Irene a alzarse  
una celeste figura  
diáfana, bella, radiante,220  
con formas tal vez marcadas,  
pero sin formas bastantes  
con que dar a sus contornos  
ni a sus perfiles carácter.  
Vaga confusión de nieblas,225  
de aromas, de luz y de aire,  
que a todas imita, y todas  
carecen allí de parte;  
cuyas esencias son sólo  
las que al espíritu atañen,230  
y cuyo ser en la mente  
se engendra, alimenta y cabe.  
Fantasma que, concebido  
por un delirio suave,  
siempre a la torpe influencia235  
de los sentidos se evade,  
y que brilla abandonado,  
débil, tibio, agonizante,  
como sombra de otra sombra,  
como imagen de otra imagen...240

Adiós, alma perdida,  
que con incierto afán y dicha incierta,

cruzarás dolorida  
la senda de la vida,  
estando ya para los vivos muerta.245

No descorras liviano  
el velo que nubló tu afán perdido:  
ten Irene, la mano,  
porque es el pecho humano  
hueco infernal de víboras henchido.250

¡Cuántas sombras amadas,  
consagrando al amor sus verdes años,  
vagarán desterradas,  
de quimeras sembradas,  
cogiendo como tú los desengaños!255

Si hallases por el viento  
seres que fueron mi pasada gloria,  
cuéntales mi tormento,  
por el dolor que siento  
al relatar tu plañidera historia.260

Di que sus ayes vanos  
nadie oye aquí, porque los turban luego  
los rumores insanos  
de esos monstruos humanos  
que el mundo van talando a sangre y fuego.265

Si tal vez doloridos  
quieren herir la mundanal conciencia,  
que apaguen sus gemidos,  
porque a muertos y a idos  
sepulcros del amor labra la ausencia.270

Tan sólo yo, viviendo,  
vuestro clamor enamorado escucho.  
¡Quién me diera a ese estruendo  
corresponder, rompiendo  
la cárcel vil en que afanado lucho!275[119]

- III -  
Desengaños

DON LUIS. -ELVIRA. -EL ALMA EN PENA.

Los pies sobre el pavimento,  
las sienas entre una almohada,

contra un sofá reclinado  
don Luis de Castro descansa.  
En tal actitud no hay sueño,280  
trasgo, ilusión ni fantasma,  
que no nos hiera la mente,  
o no nos divierta el alma.  
Graves, tristes o risueñas,  
juntas o desparramadas,285  
se ven circular visiones  
en rápido panorama,  
que ya del hondo sepulcro  
de nuestros recuerdos se alzan,  
o ya desde un falso oriente290  
las aborta la esperanza;  
y por eso se oyen cantos  
que hallan eco en las entrañas,  
y se ven tiernos semblantes  
que fuego en las mismas hallan;295  
y todas se miran y oyen,  
y todas en lontananza,  
con rasgos de verdaderas  
y caracteres de falsas,  
como si fuese otro mundo,300  
que sostenido en el aura  
va, viene, se agranda o acorta,  
para, gira, sube o baja,  
que hastía, alegre o entristece  
a gusto del que lo alcanza.305  
Se abrió de pronto una puerta,  
y, apareciendo una dama,  
un diálogo de improviso  
ella y don Luis así entablan:

ELVIRA ¡Luis!  
LUIS ¡Elvira!  
ELVIRA Irene ha muerto.310  
LUIS ¿Ha muerto?  
ELVIRA ¡Desventurada!  
LUIS ¡Dios la tenga en su morada!  
ELVIRA ¿Lo sientes?  
LUIS No.  
ELVIRA ¿Cierto?  
LUIS Cierto.

Turbado don Luis sin duda  
por su inquietud momentánea,315  
no oyó uno de esos suspiros [120]  
que, al resbalar de callada,  
parece que de su asiento  
el corazón nos arrancan.

Lamentos que a nuestro lado<sup>320</sup>  
tal vez quejas levantan  
de algunos seres perdidos  
las sombras enamoradas,  
que, de un fatal desengaño  
la hiel al probar amarga,<sup>325</sup>  
sembrando remordimientos,  
y doblando nuestras ansias,  
acusan con hondas quejas  
de nuestra fe la inconstancia.  
Ayes sin ruido, que sólo<sup>330</sup>  
hieren en su fondo al alma,  
que sin pregonar su origen  
nacen, crecen, la desgarran;  
mas que comúnmente ahogados,  
del mundo entre la algazara,<sup>335</sup>  
como con don Luis ahora  
desapercibidos pasan.

LUIS Siéntate a mi lado, Elvira.  
(Lo hizo con rostro halagüeño.)

LUIS ¿Me amas?

ELVIRA Como a único dueño.<sup>340</sup>  
(Por cierto que era mentira.)

ELVIRA ¿En tu memoria no lucha  
de Irene el amor perdido?

LUIS Ni aun recuerdo si ha existido  
(¡Ay de su alma sí lo escucha!)<sup>345</sup>

LUIS Solo sé, Elvira, que quiero,  
cuando a tu lado me miro.  
(Y aquí sonó otro suspiro  
tan hondo como el primero.)

LUIS Ya sabes que un matrimonio<sup>350</sup>  
al morir don Juan, mi tío,  
formó, diciendo: -«Luis mío,  
dejo a Irene un patrimonio.

»A legártelo me allano,  
si con su mano te avienes.»-<sup>355</sup>

-Sí, dije: tomé los bienes;  
murió, y, olvidé su mano.

Te vi, te amé, y en seguida  
de ella apartando la fe,  
entretenerla pensé,<sup>360</sup>  
y al fin murió entretenida.

Y si soñando ternezas

ya ha muerto, hoy en mis desvelos,  
cuantos a Irene di celos,  
pagaré a Elvira en finezas.365

Espíritu que, vagando  
del torbellino en las alas,  
creíste hallar puro el centro  
de tus amorosas ansias,  
¡oh, cuántas quejas al cielo370  
contra la doblez humana  
elevarás, engañado,  
en tus dolientes plegarias!  
¡Triste Irene, que, encendiendo  
de tu corazón la llama,375  
todos tus dones quemaste  
de un falso dios ante el ara,  
y condenándote el cielo  
por oblación tan profana  
a desentrañar el pecho380  
del ídolo que adorabas,  
ves el sagrario vacío,  
oyes sus promesas falsas,  
tocas tu dios y es un sueño,  
tu dicha una sombra vana,385  
quedando al vaivén funesto  
de tu fortuna contraria,  
llenos de horror tus recuerdos  
falta de luz tu esperanza!  
Mas del corazón del hombre390  
¿cuál otro don esperabas  
sino el seductor halago  
de engañadoras palabras,  
torpes gustos que destruyen,  
hiel rebozada con ámbar,395  
pesares que mienten goces,  
y caricias que desgarran?  
Ahora, Irene, que en vano  
sordos suspiros ensayas,  
que nunca a herir el instinto400  
de nuestras potencias bastan,  
busca, alma en pena, pues lloras,  
del fiero don Luis el alma,  
y atórméntala con celos,  
llore con la tuya aunada,405  
ahogue secretas penas,  
víctima de ocultas mañas;  
lamente glorias perdidas,  
gima tu perdida gracia, [121]  
y cúmplanse al mismo tiempo410  
su venganza y tu venganza.

(Y después que sonrieron,  
y uno al otro se miraron,  
la plática que empezaron  
Elvira y don Luis siguieron.)415

LUIS ¿Y cuando, a mi ruego, humana.  
nuestros amorosos brazos  
sellarán eternos lazos?  
ELVIRACuando tú quieras.  
LUIS Mañana.

De sus estímulos siervo,420  
viendo la dicha cercana  
quiso disfrutarla acaso  
don Luis, ahorrando tardanzas,  
y estrechando embebecido  
de Elvira la mano blanca,425  
sus ojos voluptuosos  
o en su frente de nácar,  
mientras que ella al turbio brillo  
mostrándose fascinada,  
entre si quiero o no quiero,430  
ora cruel, ora mansa,  
ya con candores fingidos,  
ya con inquietudes falsas,  
tanto se esquivó mañosa,  
cuanto se brindó con maña,435  
creyendo dar a su amante,  
en afecciones tan varias,  
de su candor claro indicio,  
y de su honor muestras claras.  
Don Luis redobló su esfuerzo,440  
y tules venciendo y gasas,  
fue poco a poco asaltando  
de su hermosura el alcázar;  
y ya con torpes arrobos  
iba a coronar sus ansias,445  
cuando esfórzandose Elvira  
como si un áspid hollara,  
con estudiada apostura  
cruzó de pronto la estancia,  
y exclamó desde la puerta450  
sonriéndose: -¡Mañana!-

Quedose de pie el de Castro,  
inmóvil como una estatua,  
dulcemente saboreando  
de su entonación la magia;455  
y fomentando en su mente

locuras de la esperanza,  
vio un porvenir alumbrado  
de siempre risueñas albas,  
torpes deseos cumplidos,460  
luchas de amor coronadas,  
fiestas, nupcias, devaneos,  
placeres, músicas, danzas,  
a cuyo encantado aspecto  
dijo con placer: -¡Mañana!-465

¡Y luego, como si oculto  
algún ser se deslizara,  
que en su tránsito absorbiese  
los sueños de sus palabras,  
tras el conjunto risueño470  
de amores, bailes y gallas,  
traslució un mundo, poblado  
de ensangrentados fantasmas,  
deshechos planes de gloria,  
de amor mentidas alianzas,475  
placeres desencantados,  
sangre, cadáveres, dagas...  
Y cual si hiriese su frente  
el talismán de una maga,  
y con pincel invisible480  
trazase un lema en las auras,  
absorto, meditabundo,  
llena de inquietud el alma,  
con ojos desencajados  
leyó con horror: -¡Mañana!-485[122]

- IV -

Presentimientos

D. LUIS. -ELVIRA. -DON PEDRO. EL ALMA EN PENA.

Muestra de lejos la dicha  
tanto encontrado fanal,  
que ignora el hombre ofuscado  
en donde la dicha está.

Hacia la luz más cercana490  
corre con íntimo afán,  
y aunque al llegar ve el engaño  
de su resplandor falaz,  
dobla rebelde su empeño,  
y con resuelto ademán495  
sigue el rastro de otra lumbre  
que resurge más alla;

y así van muriendo dichas,  
y antorchas naciendo van,  
y el hombre las sigue todas,500  
al lado de cada cual  
suspira, llora y alienta,  
para correr más y más.

Por eso don Luis el día  
de su brillante esponsal,505  
cuanto más se acerca al gusto  
lo ve desde mas atrás;  
que es atributo preciso  
de nuestra estrella fatal,  
que el placer que vimos lejos,510  
se trueque cerca en pesar.

En vano sacude a veces  
alguna sombra tenaz  
que sigue a su mente inquieta  
como el acero al imán,515  
pues siendo un ser increado,  
fantásticamente real,  
va y viene con terco empeño  
donde don Luis viene y va.  
Confuso embrión de envidias,520  
de celos y de maldad,  
de oscuros presentimientos  
tan prodigo manantial,  
que cuando a su amante Elvira  
torna risueño la faz,525  
sólo mira en ella a un áspid,  
que va en su pecho a abrigar.  
Norte de desconfianzas,  
brújula de enemistad,  
pues ve pasar receloso,530  
con la inquietud de un rival,  
a todo el que en tono alegre,  
en la apariencia galán,  
canta de su esposa Elvira  
la peregrina beldad,535  
y hasta el disimulo observa,  
más receloso quizá,  
de cuantos viendo su dicha  
indiferentes están,  
odiando, hecho un caos su juicio540  
del más insondable mar,  
a unos porque más hablan,  
y a otros porque callan más.

¡Triste condición del hombre

que levantando un altar<sup>545</sup>  
donde el afán acumula  
de toda su larga edad,  
la inquietud de algún recelo,  
el sinsabor de un azar,  
le impelen a que destroce<sup>550</sup>  
sus ídolos suspicaz,  
viendo miserablemente  
entre sus plantas rodar  
el fruto de tantos años,  
el premio de tanto afán!<sup>555</sup>

En medio de sus placeres  
devora a don Luis un mal  
de origen desconocido,  
pero de aguda entidad,  
que en el ardor de su fiebre<sup>560</sup>  
no acierta a calificar,  
pues sólo ha visto una sombra,  
pero una sombra no más,  
que era quizá la de Irene,  
si no era un ángel quizá,<sup>565</sup>  
la que de su mente ciega  
se esfuerza por desechar: [123]  
y así entre dudas confuso,  
de distinguirla incapaz,  
ahogando presentimientos,<sup>570</sup>  
ríe en su fiesta nupcial,  
trocada en infierno el alma,  
y la cabeza en volcán.

Bulle el grotesco tumulto  
en algazara infernal:<sup>575</sup>  
ya de la excitante orquesta  
al voluptuoso compás,  
ya en el festín descocado,  
en impura bacanal,  
de copas y de botellas<sup>580</sup>  
al atronador chocar,  
unos bailan, y otros gritan,  
porque en orgía tan brutal  
nadie ignora que sin tregua  
manda la necesidad<sup>585</sup>  
gritar mientras que haya acento,  
y beber hasta rodar.

Y no falta uno que entre ellos  
busque la felicidad,  
y crea ver en los rostros<sup>590</sup>  
de Elvira y don Luis la paz,

mientras que aquella forjando  
algún sacrílego plan,  
se cubre de la sonrisa  
con el mentido disfraz,595  
y éste las llagas oculta  
de un invisible puñal  
que el corazón lentamente  
despedazándole está.

Entre el montón de quimeras,600  
que le desconciertan más,  
pretende huir la zozobra  
de un recelo pertinaz,  
que le conduce, abismado,  
y le arrastra a su pesar605  
donde don Pedro de Lara  
camina con torva faz,  
ya hacia abajo, ya hacia arriba,  
ora adelante, ora atrás;  
y, en vano don Luis procura610  
los ojos de él apartar,  
pues le persigue, llevado  
de su celosa ansiedad,  
cual si el poder le arrastrara  
de un secreto talismán;615  
y si una vez por acaso  
el rostro vuelve al pasar,  
otra vez vuelve, y le mira  
con más chocante ademán,  
pues le parece que al punto620  
cruza el aire una deidad  
que le murmura al oído:  
-«Allí va Lara, allí va.»-

Y si es cierto que las sombras  
de los que murieron ya625  
a cuantos seres amaron  
vuelven a la tierra a amar,  
sin que ellos tengan noticia  
de su constante amistad,  
pues sólo las ven soñando630  
en lontananza pasar;  
tal vez los manes de Irene  
los que le avisan serán  
el doble trato de Elvira,  
de Lara la falsedad;635  
y acaso también le inspiren  
aquel instinto especial  
con que sondea sus almas,  
cuando engañándole están,

don Pedro fingiendo enojos,640  
mostrando Elvira solaz.

Rayó por fin la alta noche,  
y como en giro cabal  
el sueño sigue al desvelo,  
y al gusto la saciedad,645  
a dormitarse empezaron  
todos, cuál menos, cuál más,  
que lo que es grato al principio,  
es desabrido al final.

Y huyendo de los curiosos650  
la despedida mordaz,  
sus dicharachos comunes,  
y su ironía vulgar,  
tendió don Luis una mano  
a su adorada mitad,655  
y de una puerta secreta  
al trasponer el umbral,  
en vano quiso de Irene  
la sombra tras sí dejar:  
pues a su espíritu asida,660  
en tétrica vaguedad,  
le fue siguiendo, su pecho  
trocando en llama voraz;  
por lo que airado el de Castro  
de sí empezó, a blasfemar,665  
que del deber los recuerdos  
son para el hombre un dogal. [124]

- V -

Ilusiones perdidas

DON LUIS. -ELVIRA. -EL ALMA EN PENA.

Desde el dintel de la vida,  
hasta el borde de la tumba,  
va el hombre sembrando el germen670  
de su dicha o desventura.

Y en vano, si espinas coge,  
maldice la tierra inculta,  
pues creer que nace otro fruto  
más que el que siembra, es locura.675

Arroja al aire atrevido  
mil esperanzas confusas,  
que son de mil desengaños

tantas imágenes turbias.

Levanta en su idea faros<sup>680</sup>  
para que alumbren su ruta,  
y nubes de pensamientos  
sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre  
impreca a su suerte dura,<sup>685</sup>  
e ignora que ayer sembraba  
los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo  
los males de hoy nos anuncia,  
el de hoy podrá ser mañana<sup>690</sup>  
de nuestro bien sepultura.

Y jamás llamara el hombre  
a la Providencia injusta,  
si antes de entrar en la huesa  
volviese a mirar su cuna.<sup>695</sup>

Así a lo doble atendiendo  
de su pasada conducta,  
es fuerza que resignado  
don Luis sus tormentos sufra.

Nubló la dicha de Irene<sup>700</sup>  
con sus engaños y dudas,  
y con sus dudas y engaños  
nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desorden  
de sus agitadas nupcias,<sup>705</sup>  
la soledad por testigo  
de sus confianzas buscan.

Y sólo en la oculta estancia  
se ve, a una luz moribunda,  
del blanco lecho en que duermen,<sup>710</sup>  
el cortinaje que ondula...

¡Mil veces feliz quien logra  
tocar así la ventura,  
y en ella a saciarse impuros  
todos sus anhelos junta!<sup>715</sup>

¡Y mil y mil veces triste,  
el que en horrible tortura  
mira usurpar el tesoro  
en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso<sup>720</sup>  
es cuando en la noche oscura  
voluptuosas, escenas  
la imaginación dibuja, [125]  
y se ve a un ser adorado  
terciar amoroso en una,<sup>725</sup>  
y que a un rival más dichoso  
besa su boca perjura!

¡En vano entre ambos entonces

nuestro pensamiento cruza,  
de nuestro amor excitando<sup>730</sup>  
reminiscencias oscuras,  
pues abrumados al peso  
de tan sabrosa coyunda,  
piensan en sus gustos sólo  
hacer sus caricias mutuas,<sup>735</sup>  
sin que un recuerdo consagren  
a nuestras glorias ya mustias,  
ni un don a nuestra constancia,  
ni un premio a nuestra ternura!  
¡En vano en giro invisible<sup>740</sup>  
allí nuestra mente lucha,  
y con añejas memorias  
desavenencias formula,  
porque dos almas, que el gusto  
recíprocamente aúna,<sup>745</sup>  
jamás de un voto el recuerdo  
sus contentamientos turba,  
y uno tras otro, extasiados,  
placer tras placer consuman,  
mientras que tristes nosotros<sup>750</sup>  
ninguno enjugar procura  
las lágrimas que entretanto  
por nuestra faz se derrumban!  
¡Insoportable martirio,  
cuando, en postración tan suma,<sup>755</sup>  
nuestra esperanza en el aire  
sombras acaso figura  
que venideros placeres  
tan sólo en sombras anuncian,  
mientras pasando la noche<sup>760</sup>  
negra, silenciosa, augusta,  
con su soledad nos dice:  
-«¡Jamás! ¡Imposible! ¡Nunca!!!»

Al ver inquietud tan honda,  
es de creer que en su angustia<sup>765</sup>  
don Luis batalla en idea  
con un espectro sin duda.  
No halla del placer el colmo  
trabado en la lid impura,  
aunque al sentido estragado<sup>770</sup>  
estímulos acumula.

Es por demás que de Elvira  
bese la boca de púrpura,  
y que ella a su vez le bese  
con amorosa ternura;<sup>775</sup>  
porque don Luis, hostigado  
por una sombra importuna,

hozando, en vez de placeres,  
a tragos la hiel apura.

Imagen que a sus sentidos<sup>780</sup>  
llamando con voces mudas,  
cual ser etéreo filtrado  
de su ser mismo en la hechura,  
yerta entumece sus miembros,  
dentro de sus venas pulsa,<sup>785</sup>  
ciega la luz de sus ojos,  
y entre las sienes le zumba.

¿Quiénes serán esos seres  
que imperceptibles circulan,  
eternos verdugos siendo<sup>790</sup>  
de nuestra humana natura,  
que ya de remordimientos  
el falso aspecto simulan,  
ya de pasados errores  
hoscos recuerdos apuntan?<sup>795</sup>

¡Triste de él, cuando acudiendo  
de su impotencia en ayuda,  
don Luis se arroja del lecho  
en donde el placer repulsa,  
y ve deshacerse al aire<sup>800</sup>  
sus dichas una por una,  
porque a la vez en su pecho  
amor y flaqueza luchan!  
¡Cuitado cuando tendiendo,  
desde el asiento que ocupa<sup>805</sup>  
hacia la mesa en que débil  
la luz ilumina turbia,  
una mirada sombría,  
cuanto sombría iracunda,  
acierta a leer papeles<sup>810</sup>  
de antiguas memorias tumba,  
rotos pedazos del alma,  
sombras de muertas venturas,  
frases de amor elocuentes,  
cifras de dolor sañudas,<sup>815</sup>  
tal vez de Irene regadas  
con lágrimas de amargura!

-«¿A qué proseguís, impío,  
mi esperanza alimentando,  
si en vano os estoy, bien mío,<sup>820</sup>  
noche tras noche esperando?»

«Si Dios les da el sufrimiento [126]  
por el mal con que ellos dañan,

¡mucho ha de ser el tormento  
de los amantes que engañan!»825

«Y si a mi amorosa holganza  
burlasen tus juramentos,  
¡plegue a Dios que a tu esperanza  
labren sepulcro los vientos!»

«Sin ti me halla el claro día,830  
y sin ti, porque más pene,  
me encuentra la noche umbría.  
¡Sola!... ¡siempre sola!...» -Irene.

Y en el confuso delirio,  
que sus potencias ofusca,835  
alzó los ojos al cielo,  
por cuyas sendas cerúleas  
viendo la imagen de Irene  
cruzar silenciosa y pura,  
-«¡Irene, ángel o demonio,840  
que así mis contentos turbas,  
perdón!!» -exclama, y el rostro  
entre las manos sepulta;  
mientras que Elvira, a otro lado  
el gesto tornando mustia,845  
horribles imprecaciones  
en son de rezo murmura.

Segunda parte  
Demonio-Ángel.

- I -  
El mejor castigo el tiempo  
De cuantas dichas traidoras  
forjar a nuestra alma plugo,  
el tiempo el mejor verdugo,850  
y el mejor dogal las horas.

Vienen y vanse los años,  
y con mentidas holganzas,  
siempre en cambio de esperanzas  
se compran los desengaños.855

Tal don Luis a cada instante,  
en mengua de su reposo,

fiel recuerda siendo esposo  
dichas que gozo de amante.

Y del tiempo que va y viene,860  
ardiendo en la oculta pira,  
llora en los brazos de Elvira  
tristes recuerdos de Irene.

Así de añejos amores  
vivimos enamorados,865  
y así los gustos pasados  
curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano  
de los mundanales seres,  
es de amores y placeres870  
el mayor el más lejano.

Aunque sueña en su extravío  
con el amor de una muerta,  
de una hija la dicha cierta  
de don Luis templó el hastío.875

Pues le da a un padre un destello  
Dios de su luz soberana,  
al darle una hija, como Ana,  
de alma hermosa y rostro bello.

Y el menor de los dolores880  
debe ser su última queja,  
si al morir el hombre deja  
quien vierta en su tumba flores.

Que aunque un recuerdo en la vida  
sea una dicha ilusoria,885  
tanto vale una memoria  
entre quien todo lo olvida.

Si a Irene en su desacuerdo  
prodigó en vida desdenes,  
es el mayor de sus bienes,890  
difunta ya, su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza,  
en su error indefinible,  
se prenda de lo imposible,  
y lo imposible no alcanza.895[128]

Viendo su imagen risueña,  
pese a la imagen de Elvira,

con ella al velar delira,  
y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca<sup>900</sup>  
la desdeñó cruelmente,  
hoy la traen a su mente  
cuanto oye, imagina y toca.

Que los males o alegrías  
que en el corazón se asientan,<sup>905</sup>  
los traen, cambian o ahuyentan,  
yendo y viniendo los días.

Y en vano al hado enemigo  
llamar el hombre procura,  
que es de la humana locura<sup>910</sup>  
el tiempo el mejor castigo.

- II -

Tiró el diablo de la manta

-«Dadme ese papel inmundo,  
vil portador de mi ultraje,  
antes que en rencor profundo  
os dé para el otro mundo<sup>915</sup>  
con este acero un mensaje.

»Y aunque con portes humanos  
las manos a la cabeza  
veis que no alzo a los villanos,  
sé ponerles con destreza<sup>920</sup>  
la cabeza entre las manos.»-

Y arrancándole al criado  
furioso el pliego don Luis,  
apeló aquel a la fuga  
al ver su ademán hostil.<sup>925</sup>

Y éste, el papel estrujando,  
entre jurar y gemir:  
-«Faltó a la red una malla»,  
dijo después para sí:  
«bueno será que ya preso<sup>930</sup>  
el pez se escurra sutil,  
y cauto a los pescadores  
enrede en su mismo ardid.»

Y antes de cerrar la puerta  
que da en secreto al jardín,<sup>935</sup>

la fuga del mensajero  
volvió a mirar de perfil,  
quien aun corriendo seguía  
por el opuesto confín,  
que como el valor presta alas,940  
da el miedo pies para huir.

- III -

Amor con amor se paga

DON LUIS Trémulo don Luis el pliego  
desdobla poco después,  
sentado frente a una mesa  
en la que alumbra un quinqué.945  
Al ver la letra, su sangre  
se arremolinó en su sien,  
de sus rencores anuncio,  
de una catástrofe pie.

Y golpeándose la frente:950  
-«Huyó con efecto el pez,»  
dijo, y derramó una lágrima.  
«Quiera Dios que pare en bien.»-

Y entre las manos las sienas,  
los ojos sobre el papel,955  
rumiando frase por frase  
así una tras de otra lee: [129]

-«Aunque teniéndoos presente,  
don Pedro, os ame rendida,  
dejad que os repita ausente960  
que es vuestra siempre mi vida.

»Dejad que os esté el deseo  
eternamente adorando,  
en vos mismo, cuando os veo,  
en vuestra imagen soñando.965

»Bien sé que amándoos sin tino  
manchó el honor de un tercero,  
pero él me enseñó el camino,  
a otra engañando primero.

»Irene a mi esposo amaba,970  
cuando yo a vos os quería:  
y cuando yo a él le engañaba,  
él a Irene amor mentía.

»Doile pues el desengaño  
que labró su torpe lengua;975  
como la engañó, le engaño:  
matar a un traidor no es mengua.

»Que os debo querer, no hay duda;  
que antes de mi casamiento  
de ello os hice juramento.980  
Ana, vuestra hija, os saluda.»-

«¡No era mía!..» -el triste padre  
con infantil candidez,  
transido prorrumpió entonces,  
y luego otra vez, y cien.985  
-«¡No era mía!!» -murmuraba,  
vertiendo por llanto hiel,  
desordenado el cabello,  
como la muerte la tez.

¡Ay del corazón del hombre990  
si el amoroso cincel  
en su espesor lentamente  
labrando una imagen fue:  
pues ya el sacrílego amaño  
de alguna torpe doblez,995  
ya el tierno vínculo roto  
de una quebrantada fe,  
borran hasta el postrer rasgo  
de su idolatrado bien,  
y cuando el traslado arrancan1000  
sale el corazón con él!

-«¡No era mía!.. ¡No era mía!!...»-  
gritaba en su afán cruel.  
-«Pues mueran entrambas,» -dijo;  
y airado tornó a leer.1005  
-«Luis a Irene ha tiempo nombra  
con amante desvarío:  
si todo en el mundo es sombra,  
lo mismo es su amor que el mío.

»Y aunque uno a otro nos odiamos,1010  
en nuestros locos extremos  
callamos, porque miramos  
que andamos cuanto corremos.

»Yo le miento placentera:  
el mentiroso me halaga:1015  
si el es falso, yo embustera:  
amor con amor se paga.»-

Cuando nuestra alma estremece  
de la fortuna un vaivén,  
de cuyo estrago los ojos1020  
el fin no aciertan a ver,  
ata nuestra voz el pasmo,  
y nuestra mente un cancel:  
el corazón mal herido  
deja sus alas caer;1025  
las lágrimas que a los ojos  
aun no se asomaron bien,  
vuelven por la misma senda  
al pecho exequias a hacer;  
lágrimas que idolatradas,1030  
si no la animan tal vez,  
mueren con ella en el fondo  
del alma que las dio el ser.

¡Pobre don Luis que, privado  
de amor y honor a la vez,1035  
perdió con prendas tan caras  
el sentimiento también,  
y desmayados sus miembros,  
entumecidos sus pies,  
sólo en su extático rostro1040  
en mezcla mortal se ven  
lo estúpido de la infancia,  
lo débil de la vejez!

¡Y más triste todavía  
cuando en reacción cruel1045[130]  
aglomerada su sangre  
vuelve en las venas a arder,  
sus miembros se vigorizan,  
torna a traspasar su tez,  
y una y mil veces trabado1050  
en violentos traspiés,  
mide furioso la estancia  
desde una a la otra pared,  
hasta que un puñal asiendo  
en ansia de no sé qué,1055  
clamó, cual si desalado  
corriese tras no sé quién:  
-«¡Amor con amor se paga;  
tiene razón mi mujer!»-

[131]

## El ángel de la guarda

### I

DON LUIS Execraciones lanzando1060  
en los extremos de su ira,  
llegó don Luis a la estancia  
de su idolatrada hija;  
y aunque hondamente entrañables,  
tal vez desapercibidas,1065  
rodaron algunas lágrimas  
por sus candentes mejillas,  
al encaminar sus pasos  
del aposento a una esquina,  
en donde en confuso aspecto1070  
el lecho de Ana divisa.  
Asiendo con ruda mano  
las misteriosas cortinas,  
ya iba aquel pecho tan virgen  
a desgarrar, parricida,1075  
cuando las soltó, impelido  
de una repugnante grima,  
con el afán batallando  
de esas sensaciones íntimas,  
que emanándose espontáneas1080  
de su contextura misma,  
sin prevenciones ni amagos  
el corazón nos lastiman.

¡Horrible será sin duda  
de un padre la suerte indigna,1085  
cuando por un caso de honra,  
tal vez por una mentira,  
dar ofendido la muerte  
pretende a quien dio la vida,  
y un ídolo edificando,1090  
para aventarle en cenizas,  
mece una mano su cuna,  
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando  
del honor voces malditas,1095  
ilusiones en que débil  
la humana flaqueza estriba,  
tuvieron del asesino  
la voluntad indecisa,  
hasta que brotando en su alma1100  
preocupaciones impías,

que revelaban del mundo  
sarcásticas invectivas,  
corrido, desesperado,  
por una irónica risa1105  
que se engendró en su conciencia,  
clamó infeliz: -«¡Hija mía!!»-  
y descolgando el acero  
sobre las holandas finas,  
tan crudos golpes reparte1110  
que el corazón petrifican.

Y mientras don Luis la muerte  
aquí y allí disemina,  
sin conocer ofuscado  
que el aire sólo acuchilla,1115  
Ana en el jardín contempla  
la luz de la luna tibia,  
ante la cual giran sombras,  
partos de su fantasía; [132]  
y así encuentra delirando1120  
gustos en vez de desdichas,  
que no son los que más yerran  
los que en el mundo deliran.

## II

ANA. -EL ALMA EN PENA.

¡Bien haya la inocencia,  
precioso don del justo,1125  
que sin broquel robusto  
su frágil existencia  
guarda la Providencia  
con su poder augusto!  
Deslízase la vida1130  
en tan sabroso estado,  
en brazos adormida  
del tiempo nunca airado;  
como fugaz paloma  
por un cielo de aroma1135  
cruza con pompa suma,  
o cual botado esquife  
sin miedo a un arrecife  
orza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana1140  
que con tranquilo pecho  
deja el amor del lecho  
por respirar temprana  
la brisa que serena

en noche tan amena1145  
murmura a su ventana!  
Miden sus ojos bellos  
del campo las alfombras,  
y ven sombras y sombras  
vagar a los destellos1150  
de la naciente luna  
que baña la alameda,  
y aun cree escuchar alguna  
que la murmura queda:  
-«Baja a los campos, niña,1155  
halle tu alma inocente  
refugio en la campiña.  
Guay que el volcán ardiente  
los árboles desgaja  
cabe tu hermosa frente!1160  
Deja el monte eminente:  
baja a los campos, baja.»-

Y dócil a su acento,  
con infantil contento,  
de la tendida vega1165  
donde el volcán no llega,  
movió su pie inconstante  
por el floreal camino;  
que nunca un pecho amante  
de la virtud tocado,1170  
desoye, rebelado,  
la voz de su destino.

La augusta perspectiva,  
que ve como soñando,  
y el aura que oye esquivada1175  
tonos de amor formando,  
y aquellas sombras vagas  
que embozan la floresta,  
a cuyo centro oscuro  
parece que a un conjuro1180  
vienen como de fiesta  
las protectoras magas,  
confusamente un mundo  
forjan de Ana en la mente,  
hermoso sin segundo,1185  
donde confusamente  
se oyen tiernas canciones  
nunca escuchadas antes,  
y vense perfecciones  
de no vistos amantes;1190  
y se aspira la esencia  
de unas flores sin nombre,

que esquivan la presencia  
de la mansión del hombre;  
y mÍranse las danzas 1195  
de plantas fugitivas,  
risueñas lontananzas,  
citas de amor furtivas;  
porque una noche clara,  
de sombras nunca avara, 1200  
tantos prodigios junta  
en almas hechiceras,  
si en ellas ya despunta  
la edad de las quimeras.

Rayando la mañana 1205  
tocó a su fin la luna,  
y al ver las sombras Ana  
deslizarse una a una,  
y que insensible huía  
la más idolatrada 1210  
creyó que de callada  
pasando, la decía:  
-«Ya viene la mañana;  
vuélvete, niña, al lecho  
do no amaga tu pecho 1215  
la antes hambrienta fiera. [133]  
Llora a los tristes, Ana:  
torna al redil, cordera.»-  
Y a la luz matutina,  
del sol que empezó a alzarse, 1220  
la imagen peregrina  
vio de Irene alejarse,  
cual iris inseguro  
que ya sin fuerza alguna  
un débil claro-oscuro 1225  
esparce desteñido;  
o cual rayo de luna,  
que acaso con mancilla  
más enturbia que brilla  
a los del sol tendido. 1230

Y al ver las limpias huellas  
Ana, del claro día  
que intenso destruía  
sus ilusiones bellas,  
la lumbre maldiciendo 1235  
del sol que iba creciendo,  
traspuso la distancia  
de su vecina estancia,  
hallando de esta suerte  
el sueño más tranquilo 1240

allí donde ha tan poco  
que con intento loco  
sentó con mano fuerte  
de su guadaña el filo  
la inexorable muerte.1245

¡Cuanto fueran distintos  
los más funestos hados,  
si siguiesen lanzados  
los hombres con anhelo  
los mágicos instintos1250  
que les inspira el cielo!

- V -

Lucha con el destino

DON LUIS. -ELVIRA. EL ALMA EN PENA.

Al ver el lecho vacío,  
en amarga transición,  
tiñó de don Luis el rostro  
más que la rabia el rubor.1255  
Y de sí mismo afrentado  
de la estancia de Ana huyó,  
cual buscando de la sombra  
asilo en el espesor:  
y a solas con ciego encono1260  
golpeándose el corazón,  
gimió de sí con desprecio,  
y de vergüenza lloro;  
que, más que pese a su orgullo,  
y pese a su propio amor,1265  
se ven, al verse tan viles,  
tales cual los hombres son.

Lloró infeliz, pero al cabo  
reconcentró su furor,  
y al aposento de Elvira1270  
su rabia le encamino;  
porque detener al hombre  
tan sólo pudiera Dios,  
cuando ya empezó el camino  
de su eternal perdición.1275  
Y en vano en tan duro trance  
de un espíritu el amor  
pretende obstruirle el paso  
en fantástica ilusión;  
y en vano sus turbios ojos1280  
girando ante ellos nubló,

y desconcertó su mente,  
y ahogó su respiración,  
porque don Luis despeñado,  
sin luz, sin alma y sin voz,1285  
hasta la estancia de Elvira  
colérico se arrastró;  
pues siempre con el destino  
lucha el hombre con valor, [134]  
aunque siempre al ser postrado1290  
gime con vil abyección.

Reposa Elvira en el lecho,  
y al desacorde rumor  
que hizo al abrirse la puerta  
cuando en sus goznes rodó,1295  
ni tuvo de alzar los ojos  
la más fugaz tentación,  
porque también duerme el crimen  
tras el desvelo traidor.  
Y vanamente en el alma1300  
una celeste visión  
como inspirados acentos  
piadosa le murmuró  
secretas voces de huida,  
palabras de salvación,1305  
oscuras frases del cielo,  
ecos de un ser velador,  
pues ensimismada entonces  
en su tenaz postración,  
necia de escuchar se abstuvo1310  
seres que tanto ofendió.  
¡Mas ay! que al fin desoyendo  
instintos del corazón,  
pronto vio enfrente a su esposo  
que con aspecto feroz1315  
audaz sorteaba su seno,  
y en ansias mortales: -¡Oh!!!-  
pudo pronunciar apenas  
su labio con muerto son,  
porque de su blanco pecho,1320  
formando un profundo hervor,  
se abocaron por la herida  
la sangre a un tiempo y la voz.

Petrificado el de Castro,  
con satánico furor1325  
ni lágrimas ni suspiros  
en holocausto rindió,  
porque tan viles crueldades  
en casos tan tristes, son  
ínfulas que da el orgullo,1330

alientos que da el honor:  
y a la luz nocturna que entra  
por el contiguo balcón,  
sobre una mesa, tranquilo,  
así a escribir se sentó:1335

-«Don Pedro, mi esposa ha muerto.  
Yo soy noble: vos galante:  
y es quimera,  
que la que, con trato incierto,  
esposo tuvo y amante,1340  
sola muera.»

«Sitio, -la playa: -hora, -ahora:  
las armas, -una a los dos  
satisfaga:  
si una daga a la traidora1345  
dio muerte, déosla a vos  
una daga.»

«Rogad a Dios... ¡Oh! vuestra ira  
me alzaré el padrón maldito  
que hoy arrastro.1350  
¿Visteis la sangre de Elvira?  
Pues ved con qué tinta he escrito.  
-Luis de Castro.»-

Y tendiendo al levantarse  
los ojos en derredor,1355  
en el adúltero rostro  
por postrer vez los clavó;  
y luego asestando a su alma  
un dardo la compasión,  
de sí mismo, y de su crimen,1360  
de allí huyendo se alejó;  
y al ser que labró su infamia,  
pero qua encendió su amor,  
solemnizarle a sus ojos  
en las tinieblas dejó;1365  
y doblando de la noche  
con sus quejas el horror,  
dijo así el triste, llorando,  
o así decirlo pensó:

-«¡Caed sin vergüenza, orgullo,1370  
llorad sin afrenta, honor,  
que de llanto y de deshonras,  
sepulcro las sombras son!!!»-

- VI -

Honor y amor hacen locos

DON LUIS. -DON PEDRO. EL ALMA EN PENA.

Vaga en un páramo un hombre,  
casi perdido en la sombra,1375  
y el paso, como el que espera,  
para, lo alarga o lo acorta.  
Y así, sereno o impaciente,  
mira rodar horas y horas,  
mientras convulsos sus labios1380  
murmuran, rezan o votan.  
Su descompuesto semblante  
bien a las claras denota  
que al corazón del de Castro  
mudos instintos acosan.1385  
Y poco será por cierto,  
aunque a su mirada torva  
la imagen se le presente  
de la ensangrentada esposa,  
y que flébiles las brisas1390  
imiten sus quejas hondas,  
a cuyo son entrañable  
llore infeliz, como llora;  
que es distinto cuando un hombre  
juzga de un crimen a solas,1395  
que cuando ardiente al cerebro  
la sangre en montón se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda  
por disipar el aroma  
de aquellas manos sangrientas1400  
que desesperado frota!  
¡Quién le volviera a los días  
de más alegres auroras,  
cuando escuchaba de Irene  
mal entendidas lisonjas;1405  
o a cuando su mente tuvo  
aun no formadas memorias,  
o a cuando rayó su infancia,  
o a otra edad más remota:  
porque son tan verdaderas1410  
de nuestra vida las glorias,  
que si nuestra alma una a una,  
las va recordando todas,

truncando edades y edades,  
de una en otra, y de otra en otra,1415  
nuestra mente hasta la nada  
de do salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre  
adivinando las formas,  
alborozado a su encuentro1420  
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud  
le apostrofó con voz clara:

DON LUIS Salud, don Pedro de Lara.  
DON PEDRO Don Luis de Castro, salud.1425

Y unas quejas de sus labios  
se desprendieron tan hondas, [136]  
que ambos con mutuo desprecio  
las tuvieron por congojas.

DON LUIS Mucho, don Pedro, tardasteis.1430

DON PEDRO Cual me habéis aconsejado,  
con Dios me he reconciliado.

¿Y vos, os reconciliasteis?

DON LUIS Yo, por si no solventamos  
algunas cuentas primero,1435  
morir condenado quiero.

DON PEDRO Pues vamos, don Luis.

DON LUIS Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,  
con una sonrisa irónica  
clamó don Luis, extendiendo1440  
al aire una banda roja:

DON LUIS Con ésta, si no os asombra,  
nos ataremos, don Pedro.

DON PEDRO A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS ¡Es tan cobarde la sombra!...1445

DON PEDRO Si desasirnos podemos...

DON LUIS ¡Huir!... ¿tan cobarde fuerais?...

DON PEDRO ¡Huir!... ¿y creer pudierais?...

DON LUIS Pues atemos.

DON PEDRO Pues atemos.

Y al alargarse las manos,1450  
en tales lides ociosas,  
parece cuando las ciñen  
que las muñecas se tronchan.

Y ya fuertemente asidos,  
miradas se lanzan hoscas,1455  
presas las siniestras manos,  
y alto el puñal en las otras.

Tened, pese a vuestro encono,  
las aun no manchadas hojas,  
bastardos sostenedores1460  
de imaginaciones locas.  
¿A qué dios rendís impíos,  
como ofrenda ignominiosa,  
la sangre encolerizada  
que derramáis gota a gota?1465  
¡Ah, sin duda a las deidades  
que el hombre en su engaño forja:  
-al amor, -honor -y orgullo!-  
¡brumas! ¡ilusiones!! ¡sombras!!!  
Amaina, don Luis, la furia1470  
de tu pasión rencorosa,  
que ese puñal homicida  
por donde baja destroza.  
¿A qué te anegas en sangre  
por una palabra rota,1475  
cuando tantos juramentos  
falsa quebranto tu boca?  
¡Duelo común de los hombres,  
que con flaqueza notoria  
venguen las ajenas faltas1480  
santificando las propias!  
Detén el puñal, don Pedro,  
que quien de hidalgo blasona,  
no es justo quite la vida  
a quien ya privo de la honra.1485  
No vengues, no, de tu amante  
la desastrada memoria,  
que son del amor recuerdos  
nieblas del aire traidoras.  
Tente, don Luis, porque en tierra1490  
a dar vas ciego de cólera.  
Atrás, don Pedro: ¿qué noble  
debe a un traspies la victoria?  
¿Y adónde estás en tal cuita,  
imagen de Irene hermosa,1495  
que en son de paz sus afanes  
no departes mediadora?  
Sin duda tu acento no oyen,  
que hombres que a tanto se arrojan  
no es mucho, no, que del cielo1500  
voces internas desoigan.  
Cesad, que ya de los rostros

la sangre a torrentes brota.  
Cía, don Pedro, que mueres.  
El paso, don Luis, acorta.1505  
¡Ay, que mejor que el alfanje [137]  
casi el furor os ahoga!...  
El pecho, don Pedro, esquiva:  
corre... vuela... el paso dobla...  
Alza, don Luis, el acero...1510  
ten... oye... ¡misericordia!...  
¡Triste de vos, el de Lara,  
si el cielo ya no os perdona!!

A la maldición postrera  
que exhaló don Pedro ronca,1515  
quedaron del asesino  
ciegas las potencias todas,  
y mientras la calma espera  
con resignación estoica,  
el mutilado cadáver1520  
asido al brazo le encorva.  
En vano el acero busca  
del campo sobre la alfombra,  
para evadirse del peso  
que cruelmente le agobia;1525  
pues al sepultarle airado  
con la indignación más loca,  
quedó del triste don Pedro  
entre las entrañas cóncavas;  
e inútilmente su diestra1530  
las ligaduras destroza,  
por ver si un piadoso esfuerzo  
de sí el cadáver arroja,  
que la invisible potencia  
de una deidad misteriosa1535  
parece que al mismo crimen  
al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos  
que todo su ser trastorna,  
cree ver los gestos horribles1540  
de mil figuras diabólicas  
que asen del muerto, doblando  
el peso que le acongoja,  
y huye, arrastrando el cadáver  
que le demandan las sombras,1545  
sin escuchar sus aullidos,  
carcajadas estentóreas,  
que pavoroso el infierno  
en señal de triunfo aborta.  
Y es inútil si contrito1550

la gracia de Dios no implora,  
que huya, rompiendo los lazos  
que al parecer le eslabonan,  
pues mientras que el mundo cruce,  
que gire, que pare o corra,1555  
siempre dejando el infierno,  
verá que su senda cortan,  
ya la sombra del amante,  
ya la imagen de la esposa;  
y aunque no tan crudamente1560  
como a él le acosan ahora,  
a cuantos al mundo nacen  
remordimientos acosan,  
si no del brazo pendientes,  
asidos a la memoria.1565

Oyendo solo, abismado  
en confusión espantosa,  
los gritos de la conciencia  
que calladamente asordan,  
corre el de Castro, ya viendo1570  
simas que a sus pies ahondan,  
ya fieras que le persiguen,  
ya montes que se desploman;  
y trasluciendo entre nubes  
de Irene la blanca sombra,1575  
único faro que alumbraba  
al infeliz que se ahoga,  
por su presencia alentado  
corre gritando: -«¡perdona!»-  
y ella: -«¡sígueme!» -responde,1580  
cual eco de su voz propia,  
y siempre asido al cadáver  
que entre las peñas destroza,  
de la desterrada amante  
sigue la luz misteriosa,1585  
luz que para el pobre Castro  
es de la esperanza copia,  
pues la luz de la esperanza  
es tan intensa y tan pródiga,  
que cayendo sobre el mundo1590  
desde el crisol de la gloria,  
por más que su paso obstruyan  
las nieblas caliginosas,  
se debe ver del infierno  
aun desde las grutas lóbregas.1595

¡Oh! viendo su atroz martirio,  
no hay Dios, si Dios no perdona  
al que sus culpas expía

con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo1600  
en el horror de su cólera,  
pudiera imponer más duro  
al que sus leyes trastorna,  
que atar del verdugo al cuello  
la víctima a quien inmola,1605  
y hacerle ver en su angustia  
las ensangrentadas sombras  
que desatado el infierno [138]  
para horrorizarle arroja,  
nieblas que su vista ofuscan,1610  
simas que a sus pies se ahondan,  
ya fieras que le persiguen,  
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,  
no hay Dios, si Dios no perdona1615  
al que sus culpas expía  
con amarguras tan hondas!

Y con el ansia del triste  
que una esperanza remota  
ve tras la impía falange1620  
de muertes mil que le acosan,  
corre, oyendo débilmente  
aquel: -«¡sígueme!» -que sorda  
la voz de Irene murmura  
cual eco de su voz propia,1625  
hasta que por fin, rendido  
al crudo afán que le agobia,  
ya resbalando en aquella,  
ya tropezando en estotra,  
cayó exánime el de Castro1630  
sobre las heladas rocas.

[139]

- VII -  
Dios es piadoso

DON LUIS. EL ALMA EN PENA.

Sobre unos rudos escombros  
don Luis sus tormentos sufre,  
en tanto que gota a gota

sangre sus heridas fluyen.1635  
Y solo, y sin esperanza  
que sus dolores endulce,  
sin fruto invoca las sombras  
de sus recuerdos ilustres;  
que hasta en su angustia postrera1640  
dejando su ruego inútil,  
le abandonaron de Irene  
las tiernas solicitudes;  
pues tal vez como las dichas,  
también los amores huyen,1645  
y en llegando a un coto cierto  
también como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse  
el último amor anuncie  
que de la vida del hombre1650  
la postrer hora se apure,  
porque deshechos los lazos  
que a la existencia nos unen,  
anhela nuestra alma alientos  
de atmósferas más salubres.1655

Vanamente sus memorias  
don Luis al morir reúne  
porque a su eterna partida  
con el perdón le saluden,  
pues solemnizan tan sólo1660  
sus últimas inquietudes  
cadáveres que le espantan,  
demonios que le circuyen,  
sangre cuyo hedor le ahoga,  
la noche que horror infunde.1665

Y antes que débil el alma  
rindiese en su pesadumbre,  
exaltado en el delirio  
en que su dolor le sume,  
volvió exánime los ojos1670  
a las inmortales cumbres,  
y vio ante el Señor postrada  
de Irene la imagen dulce,  
que ya olvidando a su muerte  
sus negras ingratitudes,1675  
de su perdón en demanda  
de Dios a los pies acude...

¡Bien haya amén la sombra desterrada  
que con tan noble empeño  
a expiar sus ensueños condenada1680  
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso  
de los buenos granjeas;  
cuantos queméis a la virtud incienso  
conmigo prorrumpid: -«¡Bendita seas!»-1685

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo  
en lúgubre bandada,  
cuantos fueron la huesa trasponiendo  
al golpe atroz de nuestra injusta espada. [140]

Roncos tal vez los seres de otro mundo1690  
junto a nosotros gimen,  
y como Irene con amor profundo  
nuestros delitos con su prez redimen.

Sí, desbandados por el fácil viento,  
ya acaso sin enojos1695  
gimen al son de nuestro mismo aliento,  
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fría  
con tanto amor se paga,  
¡cuándo la luz de la existencia mía1700  
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno  
con celestial mansedumbre,  
en santas aclamaciones  
acorde el cielo prorrumpe;1705  
y de su gracia impulsado,  
sobre arbolada nube  
delante de Irene un ángel  
a dar el perdón acude  
al alma, que atribulada1710  
con tétrica incertidumbre,  
ya de la cárcel terrena  
rompe los lazos comunes.

Y poco después se vieron  
sobre los aires azules1715  
de Irene y don Luis las sombras  
rodeadas de eternas luces,  
y mostrándolas alegre  
la patria de los querubes,  
gloriosamente en sus manos1720  
a entrambas el ángel sube.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

